

86  
946  
No

DP 22  
E 77  
V. 6



BIBLIOTECA



D. FRANCISCO DE MABALL

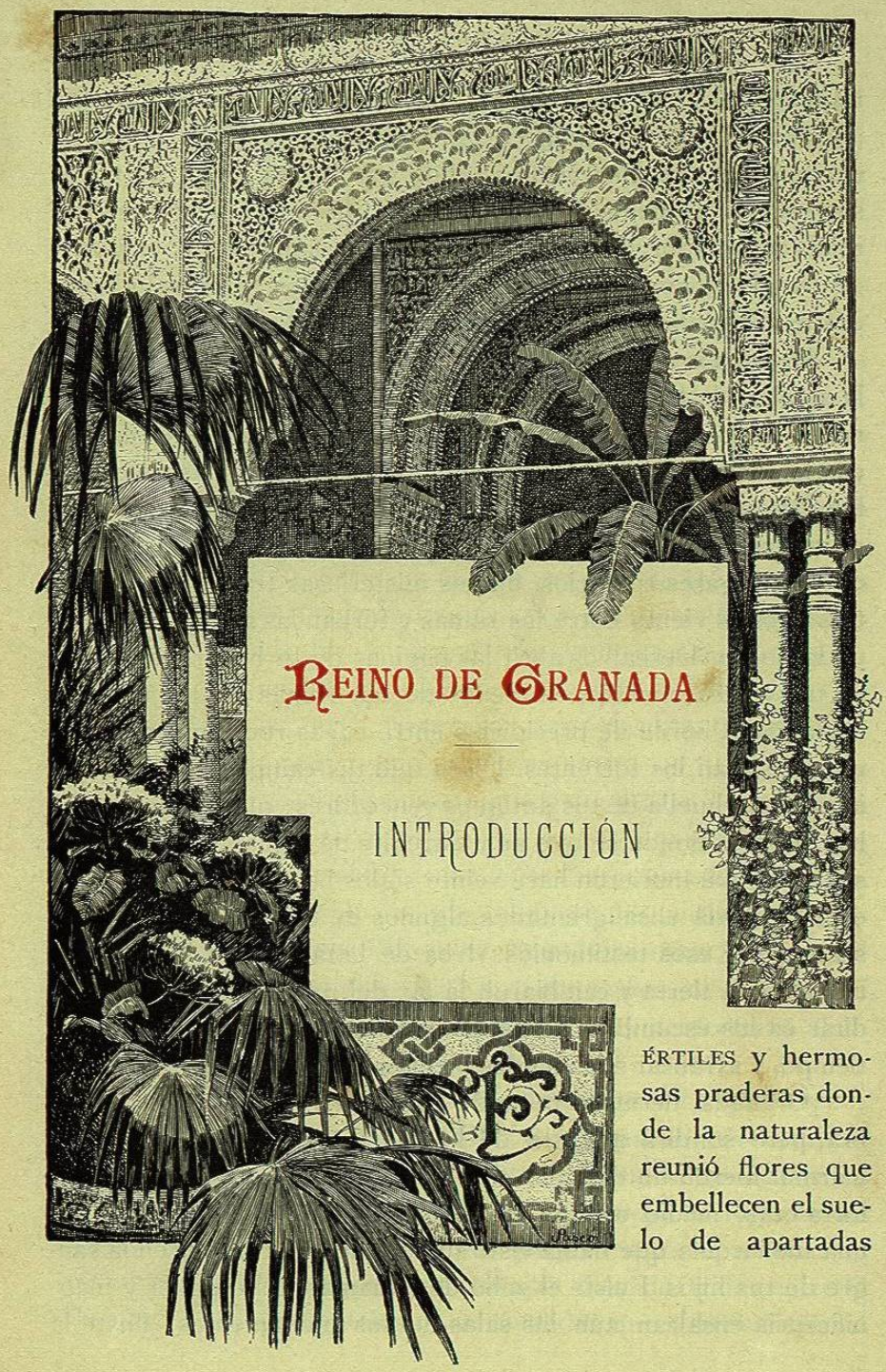


UNIVERSIDAD DE NUEVO  
BIBLIOTECA

BARCELONA

AGENCI GENERAL

111408  
17165



# REINO DE GRANADA

## INTRODUCCION

ÉRTILES y hermo-  
sas praderas don-  
de la naturaleza  
reunió flores que  
embellecen el sue-  
lo de apartadas



regiones! ¡sierras majestuosas coronadas de nieves eternas! ¡ríos cuyas sonoras aguas corren bajo bóvedas de verdura alpié de ciudades ayer florecientes y hoy sepultadas en el polvo de sus ruínas! ¡monumentos que oscureció la niebla de los siglos! reino encantador de Granada ¡salud! La fama de tu belleza y de tu gloria nos separó de nuestros hogares, y te saludamos desde lo alto de tus fronteras.

Deseamos respirar el aire que perfuman tus vegas, gozar de la sombra de tus álamos, oír el susurro de tus frondas y el murmullo de tus arroyos, contemplar desde la cumbre de tus colinas la azulada bóveda de tu cielo, cubierta de franjas de oro al hundirse el sol en occidente. Deseamos sentarnos bajo la copa de tus árboles y el techo de tus palacios; y evocando el genio de esos lugares solitarios, oír tus misteriosas tradiciones, mientras silba el viento entre las ramas y turban las aguas el silencio de la noche. Deseamos abrir las páginas de tu historia en medio de tus vastos olivares, en medio de las ruínas de tus castillos sentados al borde de precipicios entre cuyas rocas tapizadas de musgo saltan los torrentes. Dicen que tus campos guardan aún impresa la huella de tus antiguos vencedores; que en tus cerros hay lugares donde se oye aún estrépito de armas y suspiros de soldados que murieron hace veinte siglos bajo sus escudos; que están todavía ensangrentados algunos de tus barrancos; y deseamos ver esos testimonios vivos de batallas que hicieron estremecer la tierra y cambiaron la faz del mundo. Deseamos meditar en los escombros de tus pueblos sobre tu grandeza de otro tiempo, y arrancar á las mudas piedras los secretos de tu pasado.

¡Granada, hermoso reino de Granada! tú eres ya una sombra, pero sombra augusta de lo que fuiste. Tus alcázares de mármol fueron un día cuna de reyes; sepulcro de príncipes tus fortalezas, medio ocultas en las nubes. Tus murallas salvaron una monarquía que había visto sumergidos dos tronos en la sangre de tus hijos. Fuiste el solio de Alhamar, cuyo poder y magnificencia ensalzan aún las salas de tus monumentos; fuiste la

corte de su brillante dinastía. Serviste de postrer asilo á la civilización árabe, la primera que vino á disipar las tinieblas de Europa; y te engalanaste con sus más ricas joyas. Eras entonces una reina. Tus palabras resonaban en bóvedas pintadas de oro; cantaban cien poetas tu hermosura; justaban por complacerte mil héroes, cuando las cornetas del ejército enemigo no los llamaban al campo del combate. La fama conducía de torre en torre el bullicio de tus festines y el ruido de tu grandeza hasta las fronteras de otros pueblos, que, al oírlos, envidiaban tu suerte, y suspiraban por vivir en tus mansiones venturosas.

¡Granada, hermoso reino de Granada! ¿Qué has hecho hoy de tu cetro? ¿Cómo yace coronada de flores la que ciñó en otro tiempo una diadema? Llega á nuestros oídos un rumor triste como el de las hojas secas de tus árboles cuando las arrastra en otoño el viento de la tarde. En la colina donde te hiciste un alcázar, suenan pasos lentos de caballos que llevan de sus muros al último de tus reyes. Lloro, reino desgraciado, lloro porque han llegado para ti horas de duelo y amargura, ha llegado para ti la hora de la muerte. ¿No oyes el estruendo de los cañones y el clamoreo de los ejércitos enemigos? Así celebran tus funerales los que han vencido á tus hijos, que no supieron abrir en tus valles una tumba para tus contrarios. Tus vencedores son de corazón generoso; pero no comprenderán los misterios de tu existencia ni respetarán las costumbres de tu vida. Vendrá día en que derribarán con el hierro tus monumentos, devorarán con fuego los libros de tus sabios y tus profetas y desterrarán al último de tus creyentes.

¿Qué nos queda ya de tu esplendor antiguo? La yedra y los abrojos van separando lentamente las piedras de tus castillos, nido tan sólo de águilas: los brillantes colores de tus aposentos están confundidos por la humareda que arroja la hoguera del mendigo; las columnas de mármol que sostenían las arcadas de tus patios caen bajo el peso del tiempo dejando rodar entre la yerba sus dorados capiteles. Las ciudades que sobrevivieron á



tu ruina están casi desiertas y en silencio; no se oye en ellas ni los cantos de tus poetas, ni el rumor de tus festines ni el confuso choque de tus telares de sedería. En muchas de tus campiñas apenas se descubre un pueblo ni suena la voz del hombre; tus antiguos caminos desaparecieron bajo sombríos matorrales; tus más fecundas comarcas son estériles por la escasa energía de tus hijos. Poco, muy poco conservas ya de tu animación y poderío: has olvidado hasta el lenguaje de tus reyes, y las letras entalladas en las paredes de tus palacios son para ti misma un enigma. El viajero que te visita, después de haber admirado tus bellos paisajes, piensa sólo en tu pasado si no quiere perder la ilusión que le hicieron concebir tus poéticas tradiciones y fantásticas leyendas; y quizá al dejar tus fronteras te olvida.

Pero tú no eres ni has sido nunca digna de olvido. Tus vencedores fueron grandes, y tú guardas su sepulcro; fuiste vencida; pero tu vencimiento te honra. Obedeciste á tu destino, porque estaba escrito que había de triunfar en ti Cristo sobre el Profeta. ¿No conservas aún el estandarte de los que te vencieron? Enarbólo en la más alta de tus torres. Gritos de gozo pueblan los aires; aclamaciones entusiastas flotan en torno de tu pabellón sagrado.

Las huellas de tu pasado por otra parte no desaparecieron enteramente de tu suelo. Tu Alhambra revela aún la magnificencia de tus monarcas; tus alcazabas, las rudas costumbres de tus feroces africanos; tus acequias, venas de tus fértiles llanuras, la sabia administración de tu gobierno; tus palmas, el origen oriental de tus guerreros. Una palma recordó un día á Abdhelramán el bello suelo de su patria; y no hay ahora viajero que al verla destacarse aislada en el azul del cielo no recuerde á tus antiguos pobladores. Quedó impreso en tu misma tierra el sello de los árabes, de quienes hablarán eternamente los espinosos nopales que cubren tus vegas y tus cerros. Cuatro siglos rodaron sobre ti después de tu caída, y el pastor refiere aún en la arroyada la historia de tus abencerrajes; tus poetas hacen estreme-



GRANADA. — Mujer del pueblo



cer las cuerdas de su lira cantando las escenas de amor y de venganza que ocurrieron á la sombra de tus cipreses, en lo interior de tus torreones, en el laberinto de tus jardines, en las tazas de mármol de tus fuentes (1). No sólo tus poetas encienden su fantasía en el fuego de tu pasado; poetas y artistas que respiran el aire menos poético de otras provincias vienen á inspirarse bajo el sol de tu inflamado cielo. Se han sentado ya muchos bajo las deliciosas alamedas del Genil y el Darro y cantan llenos de inspiración los días de gloria de los héroes que por ti ó contra ti desnudaron sus espadas.

Sentimos también nosotros entusiasmo por ti; pero no la llama divina que inflama la frente de esos genios. No nos es dado halagar tus oídos con el eco de nuestros cantos: nuestra voz es débil, y se perdería en los torrentes de armonía que brotan de las arpas de tan grandes poetas. Seremos sólo tus historiadores: referiremos sencillamente tus vicisitudes, tus horas de triunfo y tus horas de amargura, los hechos que te llevaron á la cumbre de tu esplendor y los que te precipitaron al abismo. Te seguiremos al través de los siglos que sacudieron sus pesadas nieblas sobre tu cabeza, y procuraremos presentarte al mundo como fuíste. Perdónanos si removemos la ceniza de tus sepulcros, el fondo de tus ruínas, el polvo de tus archivos; queremos preguntar á cada uno de tus lugares por sus recuerdos y á cada uno de tus monumentos por su historia.

Amantes de la naturaleza y del arte, describiremos también tus bellos paisajes y tus suntuosos palacios. La arquitectura de tus antiguos reyes nos encanta: deseamos sondar sus principios, describir sus obras, presentar con toda su hermosura esas encantadoras fábricas donde parecen guardar los genios del arte y la poesía los dulces secretos de tu historia.

¡Granada, hermoso reino de Granada! perdona si con mano

(1) Aludimos principalmente á la colección de leyendas que bajo el título de *Alah-Akbar* ha escrito D. Manuel Fernández y González, y á las *Tradiciones Granadinas* de D. J. Soler.

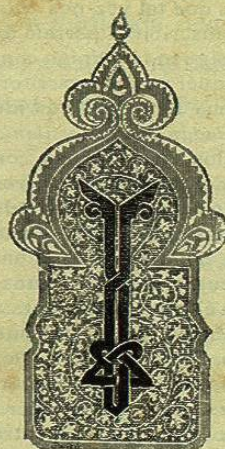


atrevida profanamos la urna que encierra tu pasado: el amor por tí nos trajo á tus fronteras, y sólo el amor por tí pudo inspirarnos tanto atrevimiento. Brisas que oreáis nuestra humilde cabellera, arroyos que murmuráis á nuestras plantas, flores que crecéis á sus orillas y embalsamáis el aire con deliciosos perfumes, estrellas que alumbráis de noche el firmamento, espíritus que corréis en alas de las brisas que agitan dulcemente los árboles de las selvas, dad nueva frescura á nuestros sentidos, fuerzas á nuestra razón, vuelo á nuestra fantasía. Vamos á escribir de Granada, la reina de nuestra poesía y de nuestra historia, y tememos empañar el brillo que le dieron tres siglos de reinado y cuatro de glorioso vasallaje. Que Granada diga al leernos: heme aquí y sepultaremos gustosos la pluma con que lo hayamos escrito.



## CAPÍTULO I

Geografía antigua de las cuatro provincias



ENFIÉRESE de los escritores griegos y romanos que hubo antiguamente cuatro pueblos ó razas en el suelo de Jaén, Almería, Málaga y Granada. Vivían al Norte los oretanos, que ocupaban las vertientes meridionales de Sierra Morena y las occidentales de las de Segura y Cazorla, y bajaban por ambas orillas del Guadalquivir á las fronteras de la Turdetania,